



COLABORACIONES

FILOSOFIA LATINO-AMERICANA Y ESPIRITU VIAJERO

MANUEL GRANELL

Caracas



Los latinoamericanos se preguntan con insistencia sobre la posibilidad de una filosofía auténticamente continental, nacional incluso. Tal preguntarse desemboza que la vocación filosófica germina en sus almas, no por azar centrado en algunos individuos sino como impulso de cultural raíz, como requisito al étnico realizarse. Les ha llegado la hora filosófica —que nada tiene de tanteos adolescentes, que expresa segura y firme madurez—. Las múltiples respuestas suelen contraponerse. Frente a quienes postulan filosofías originales por enraizadas en la originariedad, se alza la voz pugnante de una tesis universalista, abusiva-

mente identificadora de filosofía y ciencia, la cual sólo acepta el adjetivo en base a las fronteras, al ocasional lugar de meditación. Desde este enfoque, dicho anhelo de autenticidad devendría ingenuo sinsentido. Y no obstante —permítanme adelantarlo—, encapsula en el afán algo más sustancioso que su grano de pimienta.

Obsérvese que todo preguntar complica ciertos supuestos —si se prefiere, los datos congruentes con la incógnita a despejar—. Y la licitud de estos *data*, la pregnancia del basamento, sólo se ilumina al considerar el momento histórico dentro del cual actúan. Lo perfilaré a grandes rasgos.

Manuel Granell es uno de los filósofos orteguianos arraigados en América. (Profesor en la Universidad Central de Venezuela desde 1950). Dentro de nuestra sección de *colaboraciones* presentamos unas páginas suyas (comunicación al IX Congreso Interamericano de Filosofía, Caracas, Junio 1977) con el ánimo de incorporar a la memoria de las últimas generaciones a figuras que como él detentan una herencia intelectual que no cabe desconocer.

Manuel Granell nace en Oviedo en 1906 e inicia su carrera, licenciándose en Derecho, en la Universidad asturiana. Vive más tarde el ambiente de la Universidad de Madrid en los años de la II República, en contacto discente con Ortega y Gasset, al igual que otros asturianos como Fernando Vela, Pedro Caravia o el propio José Gaos, por citar a gente de distintas edades y circunstancias. Su vocación se balancea durante un tiempo entre la Arquitectura y la Filosofía, entre el arte (poesía, pintura) y la enseñanza. A instancias de Ortega y fruto de la profundización en Husserl surge en 1949 su «*Lógica*», de amplia influencia en el panorama filosófico español entonces.

Más en el destino elegido que en el exilio, Granell colabora en Venezuela al desarrollo cultural del país: dirige el Instituto de Filosofía de su Universidad, es miembro fundador de la Sociedad Venezolana de Filosofía, publica en 1967 «*El pensar venezolano*».

Llegarán así sus libros de madurez —«*La Vecindad Humana*» (1969), «*Fundamentación de la Ethología*» (1970), «*Ethología y Existencia*» (1977), entre otros— que constituyen su aportación, hasta ahora, a una muy concreta línea de pensamiento y de estilo que hunde sus raíces (y muchas veces su lenguaje) en Ortega y camina hacia una reflexión sobre el hombre («*El Hombre, un Falsificador*», 1968) apoyada sobre todo en los textos clásicos de la historia de la Filosofía.



2.— La pregunta por un auténtico filosofar —por lo absolutamente propio, que eso significa *authéntés*—, presupone cierta imagen de *filosofía*. Desde los griegos, se sobreentendió como búsqueda del Ser y su Verdad. Con decir de Dilthey: realizaban dos *logismos*, el del Cosmos y el de la privilegiada participación del hombre en la cósmica inteligibilidad. Ambos logismos eran intemporales e idénticos, claro está. No cabe embarcarse al caso en los sucesivos matices históricos. Sólo diré que se distinguen tres fundamentaciones, identificadas en el fondo bajo esta nota: *esencialismo*.

Hoy alentamos desde otro sentir. No es fácil fijar exactamente la hora mutacional, pues en lo histórico suelen montarse credulares capas tectónicas, las vivas rocas de las fundamentaciones. Siempre hay algunos antecipos y ciertas fallas. Sin embargo, me inclino a subrayar esta fecha: 1797. No olvido diversos antecedentes: el inoperante, por ignorado, Vico; Hume y su «violenta paradoja»; el «giro copernicano» de Kant y sus *Conjeturas*; en general, todo ese complejo hervor proto-romántico por cuyo seno la mónada energética de Leibniz desemboca en energía del individuo y hace del hombre «el motor de la historia», según decir de Herder en 1784 (curiosamente, la metafísica de Leibniz revive en la dialéctica hegeliana, constituyendo además cierto retorno a Spinoza, pues su Espíritu funciona como divinidad immanente).

Pero en tal hervor y vaivén faltaba la fórmula técnica, la indubitable tesis que *decide*, que da salida a la *crisis*. Fué

promulgada por Fichte en la *Segunda Introducción a la Teoría de la Ciencia* (1797). El Ser —afirma— no es «un concepto *primario y primitivo*», sino «*derivado*, y derivado por medio del contraste de la actividad». De otro modo: contraponen al primado clásico (*operari sequitur esse*) el del Hacer el Ser. Y así el hombre —el héroe de la «idea como idea»— ingresa con pleno y justo título en el escenario de la Historia. Ser e Historia se tornan Hazaña. («Facienda» había dicho Sem Tob, rabino hispano y senequista a su modo, al mediar el siglo XIV).

3.— Desde tal fecha logra Heráclito la revancha. El existente, no el Ser; el hombre como timonel del devenir. Se adelanta entonces el filosofar —la actividad, *enérgeia*— a la filosofía —la obra, *érgon*—. Estamos escuchando a Humboldt; y a Goethe, cuando le dice a Eckermann: en «nuestro *Geist*... va implícito el concepto de productividad» (21 marzo 1831). Pero ya en su *Primera Introducción*, Fichte —el mismo que muy pronto, en los famosos *Discursos*, pretendería «educar toda la nación», «transformarla por completo»— se había atrevido a sostener que la filosofía «está animada por el alma del hombre», e incluso admitió en carta a Reinhold: «mi temperamento explica mi filosofía». Dentro de tal corriente —en pro de Lessing y contra Hegel— Kierkegaard defenderá el «pensar subjetivo», el del «sujeto pensante», y Nietzsche corroborará: «toda filosofía es una confesión personal». Tras estos asaltos individualistas irá generándose otra orientación de ancha base, de cosmovisiones. Dilthey encuadra el sujeto en la *vida*, de la cual no se puede «retroceder», y la explica así en su *Sueño*: «La melodía de nuestra vida está condicionada por las voces del pasado que la acompañan». La tradición como fundamento. Es, de consuno, un avance y un paso atrás. En 1910, Simmel pretende clarificar: «debe haber en los hombres un tercer elemento tan distante de la subjetividad individual como del pensar lógico-objetivo, del válido para todos». Y lo define como «estrato donde radica lo *típico* de nuestra mentalidad». Pero esto olía a psicologismo, y el clima filosófico ya estaba dominado por la garra de un matemático, Husserl, por la fenomenología. En 1911 culminaba Husserl *La filosofía como ciencia rigurosa* con frase altanera: «Las cosmovisiones podrán litigar; sólo la ciencia puede decidir, y su fallo lleva el sello de la eternidad». Poco durará ésta. Judío de origen, comienza a sentir la presión histórica bajo la bota de Hitler. Desde las conferencias y el artículo hermanados por la palabra *Krisis*, pierde fuerza la utópica apodicticidad, reconoce que la filosofía está en proceso, consiste en mera «autognosis de la Humanidad» mediante «experiencia comunitaria», bajo responsabilidad humana e histórica dimensión de la razón. «Ya se ha desvanecido el sueño de una filosofía... apodicticamente rigurosa», confiesa en fragmento inédito (K, III, 9., p. 79) que cita Pucciarelli (*La idea de filosofía en Husserl*). Y se lamenta en su lecho de muerte: «Justo ahora que llega el final,... sé que es preciso recomenzarlo todo» (citado por Biemel, *Deucalion*, 3).

4.— Perdonen estas referencias, harto sabidas por ustedes. Pero convenía recordarlas para enmarcar mi propio decir. Y ahora resumiré éste sin piedad. Al fin y al cabo mis libros responderán más ampliamente.

Abandonado ya todo absolutismo, céntrase el meditar en cierta relación originaria, la del *intus* y el *extus*. Así lo muestra el análisis del *hecho radical* que es la «*ex-sistencia*». Lo humano, en su *auténtico* producirse, complica un

«in-sistir» del «sto» con el «re-sistir» del «ex». Una curiosa complementariedad dialéctica, que llamo *mutua inmanencia*, abre la frontera humana, permite trascender la *animalitas* en alternado proceso que nombro, sólo en imagen, *evolución segunda*, pues en rigor acontece, cual la biología, en ameibidades (de *ameibó*, yo cambio), con desvíos y saltos, despliegues y peligros. La estructura ontológica del hombre, aunque tripartita, se corta en dos estrofas opuestas. Sobre el dual basamento somato-psíquico —su parte de naturaleza heredada—, cierto «estatuir» o «establecer» (derivados de *stare*, a pie firme y erguido), mediante actividad «constructora», algo *artificial* donde «instalarse» para tornar habitable el inhóspito «ex» —tanto el circunstante como el carnal—, pues carece de *habitat*. Lo humano es, justamente, dicha artificialidad. Y no se hereda, *se tradita*. Desde tal condición iluminánse tres notas definitorias de este centauro de naturaleza y artificio. Son tres existenciaros *estructurales* o categorías de su humanidad en vilo: el «*aquí-propio*», individual e irrepetible, ombligo de cada vida, nudo natural, *heredado*; el «*abí-mostrenco*», de todos y de nadie, *alma mater* artificial, que *se tradita* en lo más común por contagio, en lo más novedoso desde libre aprendizaje; y el «*allí-vocado*», no siempre actuante, cual asintótica flecha al porvenir, por cuyo vuelo el «sto» de cada quien «in-siste» contra la «re-sistencia» del habitáculo en crisis. Este empuje «in-ventor» futuriza y *ob-yecta* práxicamente. Por eso califico al hombre de *tecnita*. Es, en efecto, *hacedor*; y en doble corriente, pues pone *fuera* algo de *dentro* para así adentrárselo a la especie y ascender en histórica espiral. En dicho vaivén se resume el secreto de su humanizarse. Como *hacedor*, desde luego requiere previos materiales, el barro del alfar. Dios crea *es nibilo* y pronuncia sin trámites su *Fiat*, su *hágase* inmediato de existencias, pues de suyo porta en su Mente las Verdades Eternas. El hombre, en cambio, como pequeño dios *cum grano salis*, por burla, debe «in-ventar», hacer venir a su mente las esencias orientadoras de su hacer; el imperativo humano es un *Esto*, un *sea*, que le permite poner manos a la obra. Tales esencias deben «establecerse» también en dos tiempos, dos áreas: tras *ob-yectadas* en el «*abí-mostrenco*», y por presión de su eficacia, devienen sus contenidos *formas* aprehensoras, *se funcionalizan*, actúan como categorías nuevas de la razón en marcha.

Ahora bien: ¿qué trabaja *velis nolis* en todo quehacer del *tecnita*? Obviamente, los tres existenciaros estructurales: la unicidad heredada en el estrecho nudo de *soma* y *psique*; la foránea parte del hombre, ese *mostrenco* ahí que alimenta cada grupo, cada etnia, cada cultura, cada edad; y en tercer término, la *auténtica*, insobornable vocación futurizadora, la forjadora de *humanitas* en cada mente des-alienada, de veras libre y dueña de sí, la afanosa de objetiva veracidad. Deviene inevitable, por tanto, una trabada síntesis de dichas instancias de lo humano en el filosofar. Dije en otro lugar: «Cual el escultor en su arcilla, el hombre de auténtico *nisus* ontológico imprimirá en todas sus obras la huella del propio e irrepetible pulgar. El genio artístico siempre ha aunado lo universal a lo local. Cuando el «*allí-vocado*» funciona con verdadero ímpetu creador, arrastra de suyo los otros existenciaros». Lo subjetivo se expresa, se confiesa, quíerese o no. Lo *mostrenco* no sólo se impone, sino que constituye el ápice del cual arranca un filosofar libérrimo. Pero, en debido orden y acuerdo, claro está. *Expresándose* sólo, no filosofa el hombre; divagará, a lo sumo, en torno a su yo

ondoyant, cual se propuso Montaigne. *Doblegándose* al nivel filosófico reconocido, por excelso que fuere, se quedará en acucioso profesor de filosofía. Sólo filosofará de veras, con *auténticidad*, quien pueda embalar al máximo su «*allí-vocado*» en puro amor de verdad y sacrificada ansia de humana asunción. Y aún así... Los molinos de lo Alto muelen despacio, observaba Homero.

5.— Permítanme mencionar a la carrera, en cuántico programa, el otro aspecto del título. El filósofo, como el poeta, vive «en contra», lucha con su «ahí». *Ex-sistire* ya es de suyo *ex-silire*, saltar fuera. Llamemos al filósofo *exiliado*. Eso era el sofista, siempre en sospecha y críticas, siendo tan vidente y creador, justo por haberse desligado de la etnia, de esa *pólis* a la cual se ofrendó Sócrates. Hay otro modo de *exilio*: el del «colono» —una categoría histórica de enorme poder creador—. La filosofía griega nació precisamente entre colonos y desarraigados. Conlleva una amarga ventaja, pues rasga la venda de los prejuicios, obliga a ver las cosas mismas, *en persona* —para decirlo a lo Husserl—. Existe otra manera menor de alcanzar creatividad, ligeros, sueltos modos de ver: el viaje, si es moroso y se sabe respirar el aire de fuera. Comprendió Hegel que el Espíritu viaja, pues se posa en diversos lugares del camino para apresar el sistema categorial de su biografía. Grecia, los romanos, el Cristianismo, las naciones modernas, tuvieron sus propios espacios. Pues bien: el espíritu con minúscula que hoy nos cabe defender, a su modo viaja, puesto que itinerantes somos. «Romeros que camino andamos», dijo Berceo. Santayana —un exiliado de Avila— se autocalificó de «individuo suelto que zanja sus cuentas con el universo». Por eso escribió en Roma —centro *católico* universal— cierta *Filosofía del viaje* donde confiesa: «El exiliado, para ser feliz tiene que nacer de nuevo, debe cambiar su clima moral y el paisaje interior de su mente», pues «el corazón humano es local y finito, tiene raíces». De ahí el rictus del filósofo, la tonante voz del profeta. Ambos están viendo *lo suyo*, pero dentro de sí, no fuera, pues en torno sólo hallan lo consabido. ¿Y qué sería nuestro vivir si todo se reiterara y no hubiere novedad alguna? Supo responder a esto Paul Valéry, al sesgo del necesario renovarse del arte: «Cuanto se repite en nosotros jamás pertenece al espíritu mismo» (*Varieté*, vol. II).

